

CLASE PARADISE BLUE

Viaje a Palma, a media tarde. Comienzo traumático: nos hemos dejado a Mariona en el puerto de Dénia. Desde la cubierta todo el mundo la saludaba, incluso una pareja de jubilados holandeses le ha tirado confetis, mientras ella corría por el muelle y daba saltitos la mar de graciosos; parece que su intención era llegar al barco de un brinco, pero ni un canguro hubiese atravesado el centenar de metros que nos separaban ya del atracadero. Sergio, sin parar de reír, le ha sugerido que se tirase al agua, que ya trataríamos de cogerla al vuelo, y Carmen, una de las profesoras que nos acompaña, más conocida como La Sintagma Nominal, le ha dado un capón. El otro profesor, Antonio Sandemetro, de matemáticas, alias Llamadme Toni, Chicos, Soy Uno De Los Vuestros, se ha ido a hablar con el capitán; quería que el barco diese media vuelta y que volviese a por nuestra compañera, pero lo han sacado del puente de mala manera. Helena, por su parte, ha sufrido una crisis nerviosa, y se ha ido con Tere y con Lola Jamón de Jabugo hacia el interior del barco.

—Qué ganas tiene de hacer el numerito—ha dicho Claudia, y después, con una sonrisa irónica y un chasquear de dedos como si llamase a gallinas, ha largado a la tropa—: venga, que perdéis el culo. ¿Por qué no vais detrás de ellas, machos en celo? ¡Y limpios la baba, atontaos!

Sí que me hubiese gustado ir detrás de Helena para consolarla; era una oportunidad magnífica para pasarle el brazo por el hombro y dejarle caer cuatro frases románticas, trabajársela un poco a la manera latina, pero mi personalidad no está bastante madura como para ignorar los dardos envenenados de Claudia. Aún tengo la cara llena de granos por así decir, y apenas me afeito la pelusilla de la barba. Me he limitado a asumir el trance de la mejor manera posible, y a reír como los otros, lo más parecido a una familia de aristócratas ingleses a la hora del té.

–Se lo tiene merecido, la muy tonta –ha comentado Lola Segunda–. Por tacaña.

Y nos ha explicado que Mariona se había quedado atrás para comprarse un refresco, porque en el barco debían de ser más caros, le había dicho.

El coro masculino de hienas hemos celebrado el comentario como si fuésemos potentados que viviesen en Jauja, pero más de uno, por el mismo motivo, llevábamos una provisión de líquidos en la mochila.

De pronto hemos visto pasar corriendo a Antonio San-demetrio, con unas manchas de sudor que, desde los sobacos, amenazaban con extenderse por la espalda y por la panza.

–Menuda marcha, Toni –ha comentado Sergio–, aún no hemos empezado el viaje y ya has perdido a una alumna.

Llamadme Toni, Chicos, Soy Uno De Los Vuestros se ha sonrojado hasta las pestañas. Por un momento parecía que dudaba si quedarse a charlar con nosotros, pero ha levantado un dedo amenazador en dirección a Sergio y ha entrado zumbando en el salón de pasajeros.

—Sólo faltaba que le entrase un infarto —ha sentenciado Claudia.

Cuanto más nos alejábamos, más se empequeñecía Mariona. Al final la pobre parecía un punto minúsculo y solitario.

—¿Qué queréis que os diga?, a mí me da pena —ha dicho Macario—. Pensad en su madre, se acaba de divorciar y aún no ha terminado de asumir su perplejidad.

Ha habido un silencio técnico; nadie sabe nunca lo que quiere decir Macario.

Nuestro salón, el Paradise Blue, es de segunda categoría. Básicamente, eso quiere decir que dormiremos fatal, con las piernas y los brazos entrecruzados en escorzos increíbles, pero nosotros provenimos de la escuela pública y sabemos a qué atenernos, estamos acostumbrados a las adversidades.

Algunos de nosotros hemos hecho una expedición a proa, al salón Golden Star, lleno de gente bien, aire acondicionado y butacas cómodas. No hacía ni diez minutos que acabábamos de zarpar y ya les estaban repartiendo la merienda, una bolsa de galletas y un zumo de piña que tenía una inquietante semejanza con un análisis de orina. ¡Buen provecho!

Nos hemos distribuido por el ala de estribor con la intención de sustraer el refrigerio, pero un empleado nos ha exigido los billetes y nos ha dado una patada en el culo. ¡Ni que llevásemos escrita en la cara la impronta de la clase baja!

Un grupo de neños y neñas pijos, con su uniforme impoluto, han aplaudido el desalojo, y nosotros nos hemos

rebelado mediante signos internacionales obscenos que han entendido perfectamente. Ha habido bulla, lucha de clases y cánticos de protesta. En fin, quien haya visto la película *Titanic* sabe de qué hablo. A la salida, en la puerta del Golden Star, Macario ha vomitado, pero sin intención de provocar; estaba amarillo el pobre.

—Me estoy poniendo fatal. Veo un túnel, todo está oscuro, y al otro lado hay una luz que me llama. Ostras, creo que es mi abuela paterna, en gloria esté. Nos queríamos mucho —ha sollozado—. Por favor, decidle que no estoy, que se vaya.

—Aguanta —le ha animado Sergio—. Aquí no se andan con chiquitas. Si cascas, te harán un funeral y te lanzarán por la borda cubierto con la bandera americana.

—Tú has visto muchas películas —ha gruñido Luis—, lo más probable es que lo metan en la cámara frigorífica y que al llegar a Palma las autoridades portuarias se hagan cargo del cadáver y que le practiquen una autopsia. Mi padre dice que te abren la cabeza con un serrucho —ha añadido Luis, que no pierde nunca la oportunidad de recordarnos que es hijo de médico.

Entre todos hemos llevado a un Macario asustado al lavabo y le hemos refrescado la cara. Su aliento olía a agrio que echaba de espaldas, y Wu Yu-hui ha vomitado por simpatía. Como su familia es de origen asiático (tienen un restaurante chino en el barrio), su mareo nos había pasado desapercibido.

—Me debió de sentar mal el lollito plimavela de la comida. Túnel oscuro, luz blanca, alguien llama, cleo que es abuela de Macalio.

Hemos acomodado a nuestros compañeros en el salón Paradise Blue, en un rincón suficientemente alejado como para no sentir su olor fétido, y los hemos dejado medio fritos.

Llamadme Toni, Chicos, Soy Uno De Los Vuestros estaba hablando por el móvil con la madre de Mariona.

—En el puerto de Dénia, sí. Ya me he puesto en contacto con los empleados de la compañía marítima, la retendrán hasta que... ¿Como que qué hace para ir a Dénia? Hay una autopista que... Sí, de peaje. ¡Y yo qué sé quién paga el peaje! Claro que soy el responsable, pero es que su hija se ha quedado... ¿Qué seguro? ¿Por qué tiene que sacar las cosas de quicio?, no hace falta demandar al instituto, mujer, lo más razonable es que Mariona coja un avión en el aeropuerto de Alicante. La dirección del hotel es Ca'n Pastilla. Pastilla, ca'n Pastilla... Pe, a, ese... No, primero ca'n, con apóstrofo...

Discretamente, me he acercado al grupito de Helena, Tere y Lola Jamón de Jabugo y me he puesto a revolotear de acá para allá como una moscarda puñetera, hasta que me he instalado en el respaldo de una butaca, lo más cerca posible. Debo de haberme quedado unos minutos en blanco; por un momento me he imaginado que Helena se atragantaba con un hueso de pollo y yo, que era el médico del barco, tenía que hacerle una traqueotomía. La escena no me terminaba de convencer, pobre chica, toda llena de sangre, de manera que he acariciado la idea de hacerle la traqueotomía a Tere mientras Helena y yo nos íbamos a cenar a mi camarote.

Después he soñado que Lola Jamón de Jabugo tenía un ataque de apendicitis y me la tenía que llevar en helicóptero. Naturalmente Helena venía con nosotros; no paraba de preguntar: «¿se salvará, doctor?», y yo, que tenía las sienas plateadas y la mirada ambigua de Brad Pitt, me hacía el longuis: «puede que sí puede que no, la operación es a corazón abierto». Luego el barco era asaltado por unos terroristas y Halle Berry y un servidor teníamos que desactivar una bomba nuclear y terminábamos en mi camarote, a la luz de las velas, ella vestida de *catwoman* y yo bebiéndome un whisky mientras Helena nos preparaba la cena.

Alguien, desde la otra parte del salón, me ha hecho volver a la realidad; era Claudia, que me hacía señas para que me limpiase la baba. ¡Caramba!, o controlo las divagaciones de mi cerebro o cualquier día cometeré alguna locura.

Al final me he armado de valor para hablar con las chicas y he tratado de sacar un tema interesante:

–Wu Yu-hui y Macario han vomitado.

Me da la impresión de que no han sabido encontrar todas las posibilidades del asunto, así que he insistido:

–¿Queréis una pastilla contra el mareo?

–¿Se sabe algo de Mariona, Víctor? –me ha preguntado Tere.

–Llamadme Toni lo está arreglando. Creo que llegará en avión.

Me he quedado un instante en la luna. Quería preguntar a Helena si ya se encontraba mejor, pero tenía como una pelota de tenis en la garganta que no me dejaba sacar las palabras. Maldita timidez. Cuando me he decidido a hablar, he estado a punto de pegarme un tiro.

—¿Seguro que no queréis una biodramina?

Lola Jamón de Jabugo me ha increpado:

—¿Es que te dan comisión o qué? Venga, vete a freír espárragos.

He desaparecido discretamente, flemáticamente. Sé cuándo hago el ridículo. Si me diese por escribir versos, ahora sería un momento adecuado. Tengo la inspiración, la musa, el elemento trágico, el papel, el rotulador..., pero me falta la técnica.